

18 IN MEMORIAM JAVIER FEDUCHI

JOSÉ BARBEITO

Javier Feduchi nació en 1929 y cursó la carrera en la Escuela de Arquitectura de Madrid, centro en el que se graduó en 1959. Durante los dos últimos años de estudios, completó su formación junto a su padre, Luis Martínez-Feduchi, con el que empezó a colaborar en algunas obras, y también a interesarse en un campo menos habitual, el del diseño de mobiliario. El vestíbulo comercial del Hotel Castellana Hilton le proporcionó la posibilidad de proyectar todo tipo de objetos, desde vitrinas hasta mostradores, desde apliques hasta tiradores de puerta. Y qué mejor escaparate para su trabajo que el cosmopolita y refinado ambiente de un hotel de lujo.

Su padre llevaba años de relación con la firma Rolaco, pionera entre nosotros en la fabricación de muebles de tubo curvado. Javier Feduchi pasó a convertirse en 1958 en director artístico de la empresa. Para ella realizaría distintas series de mobiliario, como la llamada VR, en la que se encontraba la estilizada silla Parábola, que presentó en distintas exposiciones. Reflejo de su capacidad y atrevimiento para enfrentarse a cualquier tema de diseño, es un prototipo de frigorífico para la casa Elycas, una firma subsidiaria de Rolaco.

Con la consecución en 1959 del título de arquitecto, el diseño de mobiliario fue dejando paso a los proyectos para el montaje de exposiciones, actividad que comenzó a realizar, continuando la colaboración de los años pasados, con su compañero Jesús Bosch. El Ministerio de la Vivienda había montado una sala de exposiciones permanente, la sala Exco, y para ella, durante los siguientes años, realizarían numerosas exposiciones: la del centenario de la capitalidad de Madrid en 1961, una sobre equipamiento doméstico en 1962, y ese mismo año, otra sobre diseño finlandés.

La más importante, y la que mejor permite entender el talento de Feduchi para este tipo de trabajo fue la del Camino de Santiago, en 1963, reeditada un par de años después en la iglesia del convento de Santo Domingo, en Santiago de Compostela. Impresiona ver en las fotos del montaje el descomunal esfuerzo para adaptar el marco arquitectónico a las necesidades expositivas. Había que hacerlo todo, desde el pavimento hasta las baterías de focos de iluminación. Y el arquitecto asume su condición de director de escena en el que cada pieza aparecía ante el espectador, teatralmente dispuesta para recitar su papel. Era un tipo de trabajo que Feduchi sabía hacer como nadie.

Esta etapa se cierra en 1967, con una carta de renuncia ante el director del Exco, motivada por la imposibilidad de poder encontrar el tiempo necesario para desarrollar satisfactoriamente los encargos. Es una cortés despedida, motivada por la acumulación de trabajo en el estudio.

Las exposiciones para el Exco le habían puesto profesionalmente en contacto con Carlos de Miguel, antiguo amigo de la familia. Los siguientes años tuvieron una estrecha relación que acercó a Feduchi al grupo de arquitectos más relevantes de la escena madrileña. Consecuencia de esta aproximación será su participación en dos importantes concursos: el de la Feria de Muestras de Gijón en 1966, con Carlos de Miguel y Antonio Fernández Alba, y el de la Universidad Autónoma de Madrid, también con Antonio Fernández Alba, Juan Serrano y José de la Mata.



Entre ambos concursos se sitúa su breve actividad docente en la ETSAM, adonde acudirá, llamado por Javier Carvajal, para ocuparse junto con José de la Mata de un grupo experimental en la asignatura de Dibujo Técnico. La imposibilidad de conseguir la suficiente autonomía les llevará a los dos a dimitir en 1968, apartándolos definitivamente de la docencia.

Para entonces Feduchi tenía que atender un gran volumen de trabajo, generado en buena medida por los proyectos para la empresa Galerías Preciados. En 1963 había llevado a cabo el interiorismo del centro comercial de Arapiles. Al año siguiente colaboró con Antonio Perpiñá y Luis Iglesias en el de la plaza de Callao, siempre en Madrid. El éxito de estas primeras realizaciones, llevó a la firma a encargarle una cascada de proyectos que llevaría a cabo con el estudio de Francisco Bassó. En 1969, Zaragoza, en 1970, otra vez en Madrid, el de la calle Goya. En 1971, esta vez en colaboración con Miguel Fisac, el de Córdoba, con su suave envolvente, ligeramente curvada que parece flotar sobre el vaciado de los escaparates de la planta baja.

Un interesante documento redactado por Feduchi y Bassó analizaba el problema tipológico de esta clase de fachadas. Al ser el gran almacén un edificio que no precisa huecos, que se cierra hacia su interior, era preciso encontrar nuevas claves formales para resolver su imagen externa. Éste era el principal problema arquitectónico, toda vez que ni en lo distributivo planteaba ninguna dificultad ni en lo volumétrico ofrecía alternativas. La solución desarrollada por los arquitectos utilizaba los pocos recursos de que podían disponer: las ventanas de la cafetería, las únicas del edificio, estratégicamente dispuestas, y la proyección sobre las fachadas de las escaleras, recordando que el movimiento, el continuo desplazarse de una sección a otra, constituía el fundamento de las nuevas estrategias comerciales.

Salvo la excepción de Córdoba, este sistema se fue aplicando los siguientes años en los edificios de Las Palmas de Gran Canaria, Alicante –con una estupenda solución de esquina que es un pequeño homenaje al Capitol–, Oviedo, Granada, Palma de Mallorca, Valencia y Vitoria.

Tras el capítulo de Galerías, el principal trabajo los siguientes años en el estudio de Feduchi van a ser los hospitales. En 1970 había fundado con José de la Mata ETPH (Estudios Técnicos de Planificación Hospitalaria), consecuencia de su común interés por este tipo de arquitectura, que les había llevado a seguir unos cursos de especialización en Inglaterra. Se van a suceder propuestas de actuación para los hospitales provinciales de Guadalajara, Motril y Ávila, más o menos desarrolladas. En 1975 llevan a cabo el psiquiátrico de Cuenca, junto con Arturo Ballesteros, y en 1976 comienzan el hospital para la Mutua de Asepeyo en Coslada, obras, tanto una como otra, que no terminan hasta comienzos de los '80.

Tampoco la arquitectura hospitalaria era una arquitectura cómoda. Muy obligada por los parámetros funcionales, estaba encasillada en unos pocos modelos. Asepeyo supuso un esfuerzo por dar cabida, en ese mundo tan mediatizado, a otros valores espaciales y de diseño.

Fruto de la colaboración con José de la Mata es también un edificio de apartamentos en pleno centro de Madrid, en la calle de la Cruzada. Tiene

EN LA PÁGINA DE LA IZQUIERDA, JAVIER FEDUCHI EN SU ESTUDIO EN 1969, EN ESTA PÁGINA, JAVIER FEDUCHI CON ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA, EN UNA CENA DE HOMENAJE A CARLOS DE MIGUEL, EN 1970; CON JOSÉ DE LA MATA EN INGLATERRA, EN 1970, Y CON LUIS MORENO MANSILLA A LOS PIES DE LA PIRÁMIDE DEL SOL EN TEOTIHUACAN, MÉXICO, EN 1994



una solución muy atractiva resuelto sobre una geometría hexagonal para controlar las visuales. Es la más elaborada de sus propuestas de arquitectura doméstica.

Ya Feduchi había hecho en 1963, entre una y otra de las exposiciones del Exco, una adaptación para usos expositivos de alguna de las bóvedas escorialenses, con ocasión del centenario de la fundación del monasterio. Tan brillante fue el resultado que se decidió dedicar permanentemente aquellas salas a Museo de la Arquitectura de El Escorial. Después volvió Feduchi a aproximarse alguna vez al tema museístico, pero sin que llegara a cuajar ninguna propuesta relevante.

En 1980 se le encargó la rehabilitación del Museo de Cádiz. Un trabajo complicado, de largo recorrido, que irá abordando en fases sucesivas, pero que acabará por ser una de las mejores obras de su carrera. Nadie mejor que él podía abordar un trabajo así. Por un lado era necesario tener la capacidad de poder estructurar y ordenar muchos y diferentes requisitos. Feduchi tenía una especial habilidad para ello. Como en otros de sus proyectos, un cuidado esquema director se convertía en el primer documento de trabajo. Allí se analizaban las necesidades y se ordenaban en distintas fases, permitiendo racionalizar la actuación. La arquitectura cumplía así un papel primero de ayudar a ordenar y tomar correctamente las decisiones.

Cádiz fue un regalo. Para el arquitecto y para cuantos después hemos disfrutado visitando ese museo. También su reencuentro con este tipo de arquitectura. A Cádiz siguieron el arreglo de una planta en el Centro de Arte Reina Sofía, para Museo del Pueblo Español, que realizó en colaboración con Javier Vellés, y las primeras propuestas para el Museo Arqueológico Municipal de Alcoy.

En 1985 comienza los trabajos para el Museo de Bellas Artes de Sevilla, con problemas en cierta medida parecidos a los de Cádiz. También un conjunto deteriorado de edificios y la necesidad de exponer de manera más moderna las colecciones. Quizás menos arquitectura nueva y más restauración, pero un resultado igualmente brillante, que dejaría ambas obras entre los mejores museos realizados esos años.

Tanta actividad museística abrió el camino a nuevas exposiciones, en La Habana y en San Juan de Puerto Rico. En Madrid, Cien planos de La Habana, Carlos III, alcalde de Madrid, La ciudad hispanoamericana. Pasados los años Feduchi se enfrentaba a cada una de ellas con nueva ilusión, y los resultados confirmaban su total dominio del tema. Contar con él era una garantía de éxito seguro.

El encargo en 1988 del Pabellón de los Descubrimientos para la Expo'92 de Sevilla, venía a reconocer su magisterio en este terreno. Realizado en colaboración con Alfredo Lozano, se basaba en una estructura clara y racional, que dividía y modulaba asépticamente el espacio, recordando, en gigantesca escala, la de sus *stands* prefabricados de los años '60. Esa estructura dibujaba un contenedor flexible para mil actividades, un espacio que poder llenar con las cosas más diversas, entre las que la arquitectura dejaba atrapada una enorme esfera como un homenaje a los sueños de Boullée. El desafortunado incendio, que el 18 de febrero de 1992 vino a arrasar el pabellón, deslució un poco el valor de su arqui-

tectura. Pero también nos permitió ver al mejor Javier Feduchi, capaz de enfrentarse a esas circunstancias sin perder nada de su ánimo.

La década de los '80 puso delante del arquitecto varios encargos relacionados con trabajos de rehabilitación. Entre 1983 y 1989 hizo la del Cine Doré, en Madrid, lo que le permitió acercarse a un tema que le fascinaba especialmente. Ese mundo de las películas le había parecido, en la manera de desarrollar la narración visual, muy cercano al de las exposiciones. Casi a la vez se le encargó la rehabilitación de los estudios Bronston para la Dirección General de Cine. Y en 1994 un proyecto para la nueva sede de la filmoteca en la Ciudad de la Imagen, seguida del encargo de la reforma del palacio del Marqués de Perales.

La rehabilitación del Cine Doré coincidió con el comienzo de los trabajos de reforma urbana de la Gran Vía madrileña. Pavimentos, quioscos, elementos de mobiliario urbano, arbolado, trataron de dar un carácter más uniforme a la imagen de esta arteria tan emblemática del corazón de la ciudad. Estas obras de urbanización se superpusieron a las emprendidas para la reforma del ábside del Oratorio del Caballero de Gracia, cuya planta invade la calzada de la avenida. Feduchi propuso una ingeniosa solución derivada de los pormenorizados estudios sobre los alzados de la calle realizados los años anteriores.

La obra más compleja de restauración, y la más dilatada en el tiempo, fue la de la Basílica de San Francisco el Grande, que llevaría a cabo junto a sus hermanos, los arquitectos Ignacio y Luz Feduchi, y cuyos primeros informes datan del año 1984. Era una actuación más dentro del conjunto de intervenciones tendentes a recuperar esta importante zona de la ciudad, que presentaba un estado bastante degradado. Dentro de ese mismo plan realizó, junto al costado de la basílica, una delicada intervención para levantar un Centro para la Tercera Edad, esta vez junto a su hijo Pedro.

Éstos constituyen los grandes apartados en que poder agrupar las obras más importantes de Feduchi. Hemos tenido desde luego que omitir muchas cosas que uno no quisiera dejar en el olvido, sobre todo por que no lo merecen. Sólo en estos últimos años, tendríamos que añadir la depuradora de Viveros, el atractivo edificio para los astilleros de Cádiz, los edificios escolares para la Universidad de Castilla La Mancha en Cuenca, o el asesoramiento en el Parque Tierno Galván de Madrid. Ya se ve que es un catálogo que nos llevaría a recorrer todos los vericuetos del amplio terreno de nuestra disciplina.

Viendo ahora tantos trabajos, repasando el esfuerzo de una vida, sienten uno a cada momento latir tras cada proyecto la presencia de su autor. Su contagioso optimismo, la ilusión con que se enfrentaba a cada nuevo reto, la seguridad de poder encontrar siempre un pequeño espacio para la buena arquitectura, entender cada encargo como una oportunidad, no tirar nunca la toalla, no dar nada por perdido, confiar en el ingenio para vencer las dificultades. Todo eso hacía que fuera fácil trabajar con él; también que fuera fácil ser su amigo.

Y todo eso, tan importante como las carpetas de su legado, que guarda ahora la Fundación COAM, está allí entre sus proyectos. Junto forma el inventario de una vida profesional: la vida de un arquitecto.